

Juliano Apóstata; los juegos de Actio en la Acarnania, á los cuales concurrían principalmente los lacedemonios; el maravilloso templo de Diana en Efeso, levantado á expensas del Asia entera, gastados en su construcción doscientos veinte años de trabajo, y decorado con ciento veintisiete columnas gigantes, donadas por ciento veintisiete reyes: todos estos lugares eran visitados con frecuencia, con asiduidad por pueblos y naciones enteras, animados del espíritu religioso, corrompido, prostituido hasta no poder serlo más. Y esos cultos religiosos que vemos sostenidos por largos siglos en los pueblos más conocidos del Asia, del Africa y de la Europa, tenían lugar también con formas menos cultas y suntuosas en sociedades más bárbaras ó menos corrompidas como los escitas, los galos, los germanes, los bretones, y tantos otros en cuya nebulosa historia se ha dejado traslucir algo de sus instituciones religiosas: porque es un hecho histórico que «la devoción de las romerías ha encontrado apoyo en todas las religiones, y por otra parte, se funda en un sentimiento natural al hombre.» (Michaud Hist. de las Cruzadas.)

## CAPITULO VII.

### LAS PEREGRINACIONES GENTÍLICAS SUBSISTENTES EN LA ERA CRISTIANA.

Y por lo mismo no es extraño que, aún después de XIX siglos de Cristianismo, encontremos fuera de él persistiendo esa devoción fundada en un sentimiento natural de la humanidad, aunque pervertido en su aplicación en todo país y gente, que no habiendo sido iluminados por la luz del Evangelio, yace asentado en las sombras del error y de la muerte.

A proporción que el Cristianismo fué avanzando en la conquista del mundo, las observancias y prácticas idolátricas fueron cediendo terreno, hasta desaparecer completamente en unas partes; pero sosteniendo en otras porfiada lucha, envalentonada por la antigüedad de las supersticiones, por el número de los sostenedores de ellas, ó por la importancia que determinados intereses políticos, provinciales y comerciales habían atribuido en el curso de los siglos á tal ó cual práctica religio-

sa del politeísmo. Así se explica la tenacidad con que fué solicitada la conservación del altar de la Victoria en el Senado romano, que todavía el año de 388 fué defendida por Símaco ante Teodocio el Grande. Por una razón semejante el templo de Dafne, cerca de Antioquía, siguió muy frecuentado por los paganos á causa del oráculo que allí era consultado desde muy antiguo; hasta que, por el año 352 de nuestra Era, Galo, hermano de Juliano el Apóstata, á fin de extirpar esa superstición, mandó colocar en Dafne el cuerpo de San Babilas, obispo de Antioquía, que había muerto mártir en la persecución de Décio; y desde entonces el oráculo enmudeció, y terminaron las romerías paganas á su templo. Las acostumbradas á la Caverna de Mitra, por causa de la celebración de sus misterios, continuaron hasta el principio del imperio de Graciano (año 375), quien mandó arrasar aquel cubil infame, y destruir todos los objetos de culto que en él se conservaban. Así era como la fuerza expansiva de la verdad cristiana destruía por todas partes los monumentos del error idolátrico con sus antiguas supersticiosas observancias.

Pero ellas subsisten y se conservarán en el mundo, mientras no llegue el tiempo en que la humanidad entera doble la rodilla al pié de la Cruz de la redención. Entre tanto que no conozcan y adoren todas las naciones al Dios verdadero, ellas continuarán tributando cultos más ó menos extravagantes á falsas deidades; pero conservando en esos cultos un fondo de verdad, reflejado en esas prácticas y observancias que responden á sentimientos ingénitos en el hombre; que satisfacen necesidades de que á ningún hombre es dado ponerse á salvo. Este es un hecho de cuya verdad responden la Historia y la Geografía aún refiriéndose á las regiones menos conocidas del remoto Oriente: «Los viajeros que en el siglo anterior visitaron las regiones del Tibet, encontraron en ellas peregrinaciones concurridísimas,» dice un sábio contemporáneo. Y esta afirmación sería bastante, si no fuera nuestro propósito demostrar con hechos constantes y notorios, la *universalidad*, de esa idea religiosa, que se traduce en la piedad peregrinante: universalidad, á la cual, no teniendo que oponer en razón los enemigos de las prácticas católicas, se contentan con oponer la excepción de una *quimera universal*; sin pensar que, la universalidad de una quimera, es la quimera de la imposibilidad.

Mencionaremos, pues, detalladamente tiempos, pueblos y



observancias, aún á riesgo de incurrir en fastidiosa difusión. La materia en sí, y el objeto con que la dilucidamos lo demanda.

Dijimos ántes que el templo de la Caaba en la Mecca fué lugar de peregrinación para los pueblos de la Arabia desde tiempos remotos, y continuó frecuentado hasta la aparición de Mahoma á principios del siglo VII de nuestra Era y el triunfo de su predicación. (1) Este impostor, que se anunció como *El Profeta de Dios*, enseñó como artículo fundamental la unidad divina; pero, aunque imitó algo del Cristianismo, y algo del judaísmo, su moral tiene mucho de paganismo; tanto por enseñar el fatalismo, como por practicar un sensualismo grosero, que hace perpetuarse aún en la vida futura. Entre las prácticas antiguas que Mahoma conservó para los secuaces de su doctrina, una fué la peregrinación al templo de la Caaba, impuesta por precepto á todo creyente, al ménos una vez en su vida; la cual, si no puede realizar por sí mismo, está obligado á hacerla por un encargado especial al efecto. Y no es ésta la única peregrinación ó romería que se observa en el islamismo: tiene otras varias, aunque no de precepto, sino puramente supererogatorias. Tales son, las que hacen á la mezquita de Omar en Jerusalem, edificada en el mismo lugar en que estuvo el templo de Salomón; al sepulcro del profeta en la ciudad de Medina; á la mezquita de Muley Edris en Tez, en el imperio de Marruecos; á otra en el Cairo, donde son venerados los restos de un descendiente de Mahoma, y á otros muchos lugares que creen santificados por la presencia de los restos mortales de algunos de sus santones, cuyos nombres y reputación de virtud han adquirido cierta celebridad.

Sabido es que el Budismo y el Brahmanismo se dividen el dominio religioso del extremo Oriente: que domina en la Tartaria y ocupa parcialmente la China y el Japon: que en algunas regiones, esas dos creencias se cruzan y modifican: que en otras, sufren trasformaciones que, aparentando diversidad de expresiones, conservan identidad de elementos: que el Dalai-Lama, gran sacerdote de Budha, ejerce su jurisdicción espiritual casi sobre una cuarta parte de la humanidad: que las religiones de Confucio en China, y de Sinto en el Japon, se rozan entre sí y tienen símbolos absolutamente contrarios.

(1) Véase la nota B al fin.

Y no obstante todo esto, por donde quiera se encuentra la piedad y la devoción peregrinantes.

En China, en la provincia de Ching-King hay una montaña llamada Tchan-pechan, cuya elevada cima está cubierta de perpétuas nieves; la cual es considerada por los Mandehues como sagrada; ligan á ella tradiciones históricas y religiosas de origen desconocido, y la visitan en numerosas y periódicas romerías.

En el Japon, numerosas peregrinaciones, procedentes de todas las partes del imperio, ocurren á adorar al ídolo de Cannon, quien dicen ser hijo del dios Amida ó Xaca; cuyo ídolo está colocado en campo abierto, cerca de Myaco. Existe también en el imperio una secta religiosa llamada de los *Jammabos* (hombres que duermen en las montañas) que son una especie de anacoretas que pasan su vida en peregrinaciones á los lugares reputados santos, y hacen estas excursiones caminando á pié y descalzos. Hay, asimismo, cierta romería á un lugar escarpado que llaman *la prueba de la balanza*; la cual consiste en ponerse el peregrino en uno de los extremos de un grande aparato suspendido al aire y con forma de balanza; en cuya postura hace á un sacerdote confesion íntegra y sin reserva de todas sus faltas. Si en esta confesion el sacerdote cree advertir algun engaño ó reticencia, precipita al peregrino penitente á una profundidad de novecientos setenta y cinco metros.

Los Indos consideran á Benaré, ciudad del Indostan en la presidencia de Bengala, como sagrada en su recinto, y en un círculo de tres leguas á la redonda. Y durante las solemnidades religiosas que en ella se celebran, es incalculable el número de peregrinos que concurren: algunos de ellos vienen á acabar sus días á la ciudad santa; y muchos poderosos de lejanas regiones, mantienen en la ciudad delegados que continuamente ofrecen sacrificios y presentes en nombre de sus comitentes.

Es célebre también en el Indostan la peregrinación á la pagoda (templo) del ídolo Jagatnatha (dios del mundo) situada en Jaggernaut-Pourí (ciudad de Jaggernaut): peregrinación que tiene lugar en doce grandes solemnidades durante el año; en cada una de las cuales, el número de peregrinos procedentes de remotos lugares, no baja de cien mil, y llega en algunas á doscientos mil.

En Ceilán, grande isla del Océano Índico, á la entrada del



golfo de Bengala, es muy antigua y renombrada la peregrinacion á una elevada montaña que llaman *El Pico de Adam*; y es tenida como sagrada, tanto por los creyentes de Brahma como por los de Budha. La última parte de la ascension al punto objetivo de la romería, tiene que hacerse á pié por las grandes dificultades y peligros de la senda; y no obstante esa precaucion, no pasa mes alguno, sin que uno ó varios de los peregrinos, sobrecogidos por un vértigo, se precipitan de las alturas del sendero, y mueren destrozados en abismos de invisible profundidad. En el reino de Siam se encuentra la ciudad de Pra-bat, que mejor que una ciudad, es un punto de romería donde se va á venerar la huella del pié de Budha; así como en Ceilan se visita la huella del pié de Adam.

Entre las numerosas sectas en que se divide el brahmanismo, profesado en el Indostan, en la India transgangética, y que se extiende hasta la China y el Japon, domina el espíritu de expiacion y penitencia llevado á extremos que horrorizan por su crueldad, ó excitan una invencible repugnancia por su inconveniencia, ó provocan á risa por su lado ridículo. Así es que, entre las manifestaciones de ese espíritu de mortificacion, la ménos notable es la que consiste en frecuentes romerías ó largas peregrinaciones. Y sin embargo, algunas de estas por el modo de su ejecucion frisan en lo inverosímil por lo irrazonable y ridículo. Sobre este particular hemos leído el siguiente rasgo: "Uno de estos fanáticos (los peregrinos) midió la distancia de Benarés á Jaggernaut-Poari, tendiéndose en tierra y levantándose constantemente á lo largo del camino." En la presidencia de Calcutta, se encuentra una pequeña ciudad, Hardwar, situada á las orillas del Ganges, á donde peregrinan todos los años más de un millon de indos para hacer sus devotas abluciones en las aguas del rio sagrado. Para un indo el juramento prestado sobre las aguas del Ganges es tan sagrado, como para el cristiano es el que presta sobre los Evangelios, ó para el musulman el que hace sobre el Corán.

Y ese furor penitente, llevado con frecuencia hasta el suicidio, no es solamente la explosion de extravagancias individuales, ni exageraciones de una mística abandonada al sentido privado y sin fundamento en el símbolo moral; esa manía está autorizada, exigida para la perfeccion en los códices teológicos más autorizados. El libro conocido con el nombre de *Vedanta Sara*, es el texto más reverenciado de la teología brahmánica; y ese libro, al diseñar el tipo del perfecto *Guru* (sacerdote de

la secta de Siva ó Schiva, una de las tres entidades de la Trimurti indiana,) entre otras virtudes superiores y rasgos de sublime perfeccion y sabiduría, consigna éste: "Es un hombre que ha hecho peregrinaciones á todos los lugares santos, y que ha visto con sus mismos ojos á Cassy, Kidarana, Kantehy, Ramessuaram, Strirudram, Sringuery, Gocarnam, Calastry y otros célebres lugares consagrados á Siva.—Es un hombre que ha hecho sus abluciones en todos los rios sagrados como el Ganges, el Yuma, el Sarasvaty, el Sindon, el Godavery, el Kichna, el Nerbouda, el Carery, etc., y que ha bebido sus aguas santificantes—Es un hombre que se ha lavado en todos los manantiales y estanques sagrados, tales como el Suria-Puchkarany, Tchendra-Puchkarany, Indra-Puchkarany, en cualquiera parte que se encuentra.—Es un hombre que ha visitado todos los desiertos, como el Neimis-Arania, Badarie-Arania, Dandac-Arania, Goch-Arania, etc., y que en ellos ha dejado estampada las huellas de sus piés.—Es un hombre que conoce todas las prácticas de penitencia ó *stramas* recomendadas por los más ilustres devotos, conocidos con los nombres de Narayana-Srama, Vamana-Srama, Geotma-Srama, Vachichta-Srama; que se ha familiarizado con estos ejercicios y que ha saboreado sus frutos... Tal es el carácter del verdadero Guru: tales las cualidades que debe poseer para poder enseñar á los demás los caminos de la virtud y apartarlos de los del vicio." (Henrién Histor. gener. de los Mision. católic.) ; Cuántas peregrinaciones imposibles para el tiempo de la vida de un hombre, indispensables para alcanzar la perfeccion moral, imposible tambien!

Hé aquí el uso, frecuente hasta el abuso, de las romerías devotas en algunos de los pueblos que profesan religiones basadas sobre teogonías y cosmogonías, á las cuales se ha dado en atribuir antigüedades fabulosas, y una importancia absurda: de cuyas aberraciones se tiene empeño en hacer estudios profundos que carecen de objeto, atribuyéndoles un fondo filosófico, cuya total ausencia está denunciada por sus absurdas trascendencias prácticas. Veamos ahora esa misma religiosa observancia en pueblos de problemático origen, y de religiones, por decir así, embrionarias.

Los Guanches, gente que poblaba la isla de Tenerife, entre las Canarias, y cuyo modo de ser civil y social era muy primitivo, todas sus prácticas de religion se reducian al culto del Sér Supremo, para cuya adoracion se dirigian á las más eleva-



das cumbres de su país.» Las condiciones naturales de éste, y el total aislamiento en que sus habitantes vivían, hacía muy frecuente sobre ellos el azote del hambre; y para conjurarlo, como supremo recurso, peregrinaban, con gran devoción, á cierto lugar que reputaban como sagrado, y en el cual creían no dejar de ser escuchados por la divinidad.

En la isla de Conzumel, frontera á la costa oriental de Yucatan, encontró Hernán Cortés, á poco trecho de la costa, un templo, «fábrica de piedra en forma cuadrada y de no despreciable arquitectura;» en el cual era adorado un ídolo célebre, «muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenía inficionada la devoción de diferentes provincias de la tierra firme que frecuentaban su templo en *continuas peregrinaciones;*» de las cuales para mayor comodidad, habían construido los indios unas calzadas entre la costa occidental de la Isla y la oriental de Yucatan. En esa isla celebró Fr. Bartolomé de Olmedo la primera misa ofrecida en lo que después se llamó Nueva España. (Solís-Alcedo, Dic. geográfico histórico de América.)

Los antiguos mexicanos cultivaban entre sus prácticas religiosas las peregrinaciones y romerías devotas, que eran tan generales é imponentes como pudieran en pueblos más adelantados. «Cholula, dice el P. Mendieta en su historia eclesiástica indiana, (que era el santuario de toda la tierra como otra Roma). . . . . que aún los enemigos de la ciudad de Cholula, se prometían de ir allí en romería y cumplían sus promesas y devociones, y venían seguros, y los señores de otras provincias y ciudades tenían allí sus capillas y oratorios y sus ídolos ó simulacros.» «La santidad del lugar, dice otro historiador, abultada por las crédulas tradiciones y la magnificencia del templo y del culto, habían vuelto aquella pirámide (la de Cholula) un objeto de veneración en todo el Anáhuac; viniendo en romería los habitantes, aun de los más remotos confines de él, á ofrecer su adoración en las aras del dios Quetzalcoatl. El número de los peregrinos era tan grande, que daba á la heterogénea población cierto aire de mendicidad. . . . Cholula, era en suma, lo que la Meca para los musulmanes, lo que Jerusalem entre los cristianos, la ciudad Santa de Anáhuac.» (Prescott, Hist. de la conquista de México.) El famoso templo de Cholula «en los tiempos modernos se llamaba Santuario de todos los dioses, acudiendo turbas de romeros de las provincias más remotas á pedir remedio á sus

penas. . . . La afluencia de peregrinos y la aplicación de los sacerdotes, determinaba que el número de los sacrificios fuera tan grande; según afirman, sólo de niños perecían seis mil en cada año.» (Orozco y Berra. Hist. ant. y de la conquista de México.)

Los tlascalenses tenían también una romería, que les era peculiar, y que hacían á la montaña que llamaban *Matlal-cueye*, en la que veneraban bajo el mismo nombre, á la diosa de las aguas: «A aquellas alturas, dice Clavijero, iban los tlascalenses á hacer sacrificios y oraciones.»

En la nación Muysca ó Mosca, de la América del Sur, que habitaba en las elevadas llanuras al Oriente de Bogotá, y cuyas tradiciones se remontaban á una remota antigüedad, los conquistadores españoles encontraron establecidos el culto tradicional tributado en Iraca al gran sacerdote sucesor de Bochica, hijo y representante del sol. En Iraca se reunía el pueblo para ofrecer sus presentes al gran sacerdote: visitaban los lugares que Bochica había pisado y hecho célebres por sus milagros; gozando los peregrinos aún en medio de las más sangrientas guerras, de la protección de los príncipes por todo el territorio que habían de atravesar hasta llegar al santuario, y á los pies del Lama en él residente (Humboldt, Monum. de los ind. muyscas.)

Entre los peruanos existía, cerca del lugar que hoy ocupa Lima, un templo dedicado al dios que reconocían con los nombres de *Pachacamac* y *Viracocha*: templo que se cree existía ya ántes que los Incas dominaran en el país; y que era muy frecuentado por los peregrinos indios que venían de los puntos más distantes. Pero el más famoso de los templos peruanos, el orgullo de la capital y la maravilla del Imperio, estaba en el Cuzco, y con las ofrendas sucesivas de los soberanos llegó á tal grado de riqueza que le llamaban *Coricancha*, ó *barrio de oro*. . . . Y el indio noble que, á lo ménos una vez en su vida no había hecho su peregrinación á la Meca del Perú, se consideraba desgraciado. (Prescott, Hist. de la conquista del Perú.)

Las numerosas y grandes naciones que poblaron en otro tiempo las regiones que hoy explotan los civilizadores *por el rifle y el aguardiente*, desaparecieron casi en su totalidad, sin dejar noticias exactas sobre las prácticas de su culto. Sin embargo, se sabe de ellas que reconocían ciertos lugares privilegiados por la presencia del Grande Espíritu; á los cuales solían concurrir en masa en determinadas épocas del año, é



impulsados por el sentimiento religioso. De otros pueblos se sabe, que, adoradores del sol, acudían en devotas romerías á la cima de las montañas más elevadas, á adorar al astro del día en aquellos lugares que parecían privilegiados, por recibir ántes que otros su benéfica y vivificante luz. Las tribus pobladoras de las montañas de los Apalaches, peregrinaban á la vuelta de cada estación, á la altura de cierto monte, donde tributaban culto al sol en conmemoración del beneficio que hiciera á sus antepasados salvándolos de un diluvio.

Entre los pobladores de los incontables grupos de islas del Mar del Sur, y del Océano equinoccial, se ha encontrado una variedad tal de doctrinas y prácticas religiosas, que se pueden señalar entre ellas desde las concepciones puras y rectas que fuera de la revelación positiva, puede el hombre alcanzar hasta el fetichismo más abyecto que ha podido haber en la raza más embrutecida. Y sin embargo, aún en esa escala de todos los extravíos humanos se encuentran observancias religiosas que con respecto tradicional cultivan los pueblos más adelantados. Así es como en la isla Hawai (del archipiélago de Sandwich) cerca del pequeño Kirau-Ea, volcán apagado desde tiempo inmemorial, existió un antiguo templo llamado Oararau, consagrado á la diosa Pele, divinidad de los volcanes; y á cuyos altares ocurrían, á presentar sus ofrendas, romerías de toda la extensión de la isla, y aún de las otras del mismo grupo. En la isla de Taiti, existió un *morai*, ó templo, dedicado al dios Oro, una de las divinidades más poderosas del archipiélago Taitiano, cuyos muros estaban revestidos exteriormente de cráneos humanos, restos de las víctimas sacrificadas á la deidad. Este templo, en distintas épocas del año era frecuentado por numerosas romerías procedentes de todas las islas del grupo Taitiano; y en cierta ocasión, un rey indígena, Pomare II, en una peregrinación que hizo á dicho templo fué escoltado por un pelotón de complacientes protestantes ingleses, con esa condescendencia que el protestantismo tiene y ha tenido siempre para servir á todo error y á todo mal, cuando de ello reporta ventajas materiales. (Dumont d'Urville.)

Hemos procurado en este capítulo, presentar ejemplares de peregrinaciones religiosas entre los pueblos más conocidos de la tierra; en las religiones falsas más extendidas en la humanidad; en todas las civilizaciones, y en todos los grados del perfeccionamiento social. El Asia, cuna del género humano; el Africa, refugio de la raza del hijo maldecido de Noé; Euro-

pa, representante de la edad más bella y espiritual de nuestra especie; la América, el depósito más rico de los tesoros de la naturaleza; y esa vastísima tierra de ignotos confines que, á semejanza de los restos gigantescos de un colosal naufragio, flota sobre los mares equinoccial y austral, todas esas regiones nos han mostrado á sus pobladores peregrinando por espíritu y sentimiento religioso, á este ó el otro lugar, impulsados por el amor ó el temor, por el recuerdo ó por la esperanza, por mérito ó por expiación. La cultura viril del Asia en unas partes; la enervada civilización india con sus teogonías y cosmogonías fantásticas, con las transformaciones que la disfrazan en el somnambulismo de la china y del Japon; las pueriles fábulas de la corruptiva Grecia; las serias tradiciones y adustas prácticas de los descendientes de Numa; el culto sangriento de los adoradores de Huitzilopochtli; la sencilla é incruenta religiosidad de los Incas, hijos del sol; las compendiosas teogonías de los pieles rojas que surcaron los grandes lagos, todas esas creencias, todos esos cultos, á la par que nos han presentado aberraciones lamentables, repugnantes, monstruosas; nos han hecho ver, nadando sobre un mar de errores, la idea sana primitiva, del hombre caído consciente de su degradación, sujeto á expiación perpétua, condenado á buscar por todas partes el bien perdido, que sólo debe pedir y esperar del cielo. Veamos ahora esa idea sana primitiva, santificada en la fuente única de santidad: la gracia de la redención.

## CAPITULO VIII.

### PEREGRINACIONES RELIGIOSAS EN EL CRISTIANISMO.

Para exponer con orden y claridad lo que nos proponemos decir sobre la peregrinación religiosa en el Cristianismo, nos parece conveniente hacer la debida distinción, entre la idea en principio, cuya manifestación es el hecho de la peregrinación; y este mismo hecho realizado y desarrollado en la historia. Al efecto dividiremos este capítulo en dos párrafos: